

Pero no nos engañemos con nuestro narcisismo filosófico, nos dice irónicamente Germán Cano: la influencia de Nietzsche se reduce a pequeños núcleos que, aunque nos interesen, no tuvieron gran influjo histórico. La unidad de los contrarios: Bataille y Schmidt reivindicando lo sagrado y una ética del sacrificio. Está aquí toda la confrontación, por otra parte, entre la llamada «izquierda y derecha nietzscheana», que quieren hacer de Nietzsche lo que nunca fue: un revolucionario, un fascista, un moralista... Tenemos finalmente toda la lectura posterior al Mayo del 68, en la que aparece como el profeta de una nueva subjetividad, la de la singularidad, la diferencia y el deseo. La de la potencia, como diría Deleuze. Pero, ¿no será esta máquina nómada de la intensidad una primavera que olvida la parte otoñal del camino nietzscheano? ¿No serán unas y otras ortopiedias que quieren justificarse en aquel que las denunció?

El recorrido del libro es inmenso e intenso. Porque en este ensayo Nietzsche

es también un pretexto para pensar nuestro presente y las salidas emancipatorias. Porque lo que sí piensa el autor es que aquí tiene algo que decirnos al desenmascarar el humanismo ascético de la filosofía idealista y la moralización del resentimiento. Pero, como en el caso de Freud, su crítica, considera, no está acompañada de una reflexión social y política coherente que nos permita salir de los callejones sin salida en que acabamos encontrándonos. Porque para ello hace falta también un programa político y social alternativo. Quizás, me pregunto, desde estas bases, una vez superado el tópico de la tríada de los maestros de la sospecha (Nietzsche, Freud, Marx), podamos recuperarlos desde otras bases para este proyecto emancipatorio.

Un ensayo, en definitiva, de una gran lucidez, rigor y profundidad, que merece ser leído, y no solo por los interesados en Nietzsche. Un esfuerzo de mantener la tensión en todo el libro que lo hace a la vez complejo y difícil. Pero un viaje que me ha resultado apasionante.

*Luis Roca Jusmet*  
Universitat Autònoma de Barcelona  
<https://doi.org/10.5565/rev/erahonar.1341>



TAFALLA, Marta (2019)

*Ecoanimal: Una estética plurisensorial ecologista y animalista*

Madrid: Plaza y Valdés Editores. Dilemata, 362 p.

ISBN 978-84-17121-20-4

¿Cómo influyen nuestros sentidos sobre el modo en que vivimos? La percepción del entorno natural y la relación que mantenemos con él se hallan caracterizadas por cada subjetividad personal. Pero existe una enorme multiplicidad de subjetividades con su propia manera de captar el entorno y de relacionarse con él. ¿Por qué no aprender a valorarlas? La estética ecoanimal que defiende Marta

Tafalla en su último libro busca reconocer este respeto por la diferencia que caracteriza a la misma biodiversidad. Su obra se presenta como una manera de reconciliar la convivencia con la naturaleza y con los demás animales con quienes compartimos el planeta.

La exposición que nos deja por escrito sobre cómo apreciar mejor todo aquello más que humano es un texto valiente

que nos acompaña en un viaje cognitivo que hace jaque al antropocentrismo, dejando en entredicho la injustificada supremacía del hombre. Este libro no respalda la inercia egoísta de contemplar el mundo como un escenario estático del cual extraer un provecho personal. Antes bien, esgrime que vivimos compartiendo un entorno dinámico, repleto de multiplicidad de subjetividades y experiencias, cada una sentida desde una forma de vida que es única. De no tener esto en cuenta, se está empobreciendo tanto la filosofía como la vida del planeta. «La Tierra es especialmente rica porque es percibida de innumerables maneras distintas por sus habitantes», afirma la autora (p. 353).

Tafalla rescata con precisión el legado filosófico de Adorno y Horkheimer basado en una crítica a la razón instrumental y a la alienación que el ser humano incita sobre la naturaleza y la materia (Adorno y Horkheimer, 1944). La Escuela de Frankfurt a la que pertenecieron estos dos autores durante mediados del siglo xx buscaba poner en cuestión la validez objetiva de toda teoría. Se criticaba la férrea separación del positivismo entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, afirmando que todo conocimiento está determinado por intercesiones históricas, sociales y económicas. Es decir, ninguna teoría es imparcial, no pueden quedar ajenas al contexto social, histórico o económico del que han surgido.

Una de las propuestas principales de la teoría crítica encauzada por Adorno y Horkheimer es su crítica a la razón instrumental, entendida esta como el interés porque algo o alguien cumpla con la utilidad que se espera de ello. La razón instrumental transforma cualquier elemento o individuo en instrumentos con valor *extrínseco*, en vez de *intrínseco*, en tanto que solo sirven y tienen un valor si con el uso que se les da se alcanza un objetivo concreto. ¿Pero quién decide la utilidad y el valor de algo o alguien, y bajo qué

condiciones contextuales lo hace? Tafalla secunda la objeción a que la razón esté legitimada epistemológicamente y moralmente para instrumentalizar todo de acuerdo con unos criterios antropocéntricos. En *Ecoanimal* se sabe afinadamente cómo aprovechar y actualizar el pensamiento de los albores de la teoría crítica para analizar muchos de los problemas medioambientales que vivimos hoy en día. Problemas que, en el fondo, surgen por no replantear ni poner en suspensión la opresión que algunos intereses humanos ejercen sobre otros intereses humanos y no humanos.

Hay que dejar atrás la justificación de que todo es susceptible de ser dominado y explotado para suplir ciertos beneficios antropocéntricos. La tesis de que todo debería servir a la razón humana se ha ido alimentando ideológicamente a lo largo de nuestra historia. Pero la urgencia del cambio climático acelerado, la pérdida de biodiversidad o el daño que día a día causamos sobre otros animales sintientes está clamando un nuevo enfoque. Un enfoque que, tal y como vela el título del libro, ha de pasar por asumir una estética ecoanimal. Para reivindicar su propuesta de que necesitamos una apreciación plurisensorial que sea ecologista y animalista, Tafalla analiza con detalle cuatro aristas de la historia filosófica y científica de la estética.

La primera, a modo introductorio, tiene que ver con su misma definición. La autora nos recuerda que la estética se caracteriza por trascender el placer biológico que nos puede generar la mera percepción sensorial y por llegar a deleitarnos intelectualmente por contemplar lo que captamos. Esto es, poder apreciar y admirar cómo todo se nos presenta a nuestros sentidos. Un suceso que no solo desencadena una respuesta corporal, sino sobre todo una actividad mental capaz de generar emociones y pensamientos complejos. Por otro lado, la estética también significa silenciar el propio yo. Siguiendo

a Schopenhauer (1859), es uno de los mecanismos que logran acallar el egoísmo exacerbado que suele guiar a los seres humanos. «La contemplación estética no es un medio para un fin, sino que ella misma es su propia finalidad» (p. 29). De este modo, la estética se presenta como una manera de conocer todo aquello diferente a uno mismo. Recordemos, eso sí, que esta apreciación desinteresada se realiza desde una perspectiva particular, así que cada una es única y dependiente de las múltiples condiciones en las que se encuentra el sujeto. Por tanto, un sujeto no debería estar legitimado a someter las demás apreciaciones bajo la suya, pues ello conduciría a deteriorar la belleza del mundo.

Una vez sintetizada esta definición filosófica de lo que significa la estética, Tafalla nos invita a visitar cuáles eran los sentidos estéticos por excelencia en la modernidad. En esta época, marcada por un racionalismo imperante, la vista y el oído tuvieron una preeminencia sobre los demás sentidos físicos. Para Kant, la apreciación estética era una herramienta para superar el solipsismo e ir más allá de la subjetividad a la que conducen sensaciones tan corpóreas como los olores, el gusto o el tacto. En su búsqueda de los universales, Kant afirmaba que la vista y el oído son los únicos dos sentidos que nos permiten contemplar un objeto de manera desinteresada (Kant, 1790). Esta separación entre sujetos y objetos, entre sustancias con alma y cosas corpóreas, fue el dualismo sobre el que pivotó la filosofía cartesiana. Tal y como señala la autora, el pensamiento racionalista y metafísicamente dualista de la modernidad influyó sobre el rumbo de nuestra civilización al perpetuar una «lógica de la dominación» (p. 68) (Warren, 1996).

Si la época moderna se caracterizaba por una discriminación del cuerpo y la reducción del espectro sensorial, la época contemporánea, con la ayuda de los avances científicos de las últimas décadas, destaca por explorar con ahínco el pro-

fundo abanico de la sensorialidad humana. Así, se ha ido rehaciendo un mapa de los sentidos mucho más rico y diverso de lo que nos sugerían filósofos como Descartes o Kant. Tafalla recopila alguno de estos avances al enumerar catorce sentidos que hasta el día de hoy se han podido registrar. Según nos cuenta, estos no son canales independientes, tal y como la concepción tradicional defendía, sino que se encuentran interconectados, influyéndose entre sí (p. 99). Este reconocimiento de la plurisensorialidad ha permitido rebatir la tesis kantiana de que los considerados «sentidos menores» no pueden ser desinteresados (Brady, 2012). Los avances de la ciencia contemporánea también suspenden la validez de otros argumentos imperantes durante la modernidad, como que los «sentidos menores» no sirven para realizar una comunicación intersubjetiva (porque nos encierran herméticamente en la subjetividad), que no remiten a una estructura racional (y, por ello, no son medibles ni analizables), que no se pueden experimentar en la distancia, que no son apreciaciones permanentes o que son definitivamente irracionales. Estas afirmaciones pueden discutirse explorando cómo la educación recibida influye sobre el lenguaje comunicativo y cómo la cultura puede llevar a denostar todo aquello indefinido, desordenado, cercanamente vívido o efímero. Es decir, la jerarquización de los sentidos es una cuestión sociohistórica y cultural, no es el resultado de ninguna verdad ni una evidencia avalada por la ciencia.

Todos los sentidos deberían ser incluidos, e igualmente valorados, en la apreciación estética (p. 119). Si se pierde uno, puede que la cultura nos invite a creer que ello apenas es importante, pero en el fondo se produce un empobrecimiento de nuestra apreciación que «puede desencadenar a su vez otros problemas de salud» (p. 139). Asimismo, las experiencias estéticas conforman una

dimensión social que ayudan incluso a tejer comunidad. De manera que si se carece de un sentido, por irrelevante que parezca a nivel individual, puede llegar-nos a afectar psicológica y emocionalmente si ello dificulta la comunicación con los demás, frenando nuestra involucración en un colectivo y provocando que nos sintamos desplazados del mismo.

Tras levantar este marco teórico sobre el que se intuye la necesidad histórico-filosófica de reconsiderar nuestros modos de aprehender la realidad, la autora deja clara su apuesta: debemos reconocer, con humildad, la plurisensorialidad de la estética. Los seres humanos no solo tenemos vista y oídos con los que captamos el mundo, y ni siquiera los seres humanos somos los únicos con capacidades para ello. Hay más sentidos, más formas de vida y más especies. Es hora de que la concepción de sujeto que tradicionalmente nos ha enseñado parte de la historia de la filosofía descienda algunos peldaños y estable diálogos con otras concepciones y otras formas de apreciación.

Una vez ofrecidos los argumentos con los que articular una estética ecoanimal, Tafalla reflexiona sobre cinco ámbitos de la estética de la naturaleza que, antes de guiarse por el aprovechamiento interesarado de recursos, debería dirigirnos hacia un redescubrimiento humilde de la red de la vida. Estos ámbitos son los siguientes: apreciar los entornos naturales y los demás animales sin prejuicios especistas (Singer, 1975), practicar respetuosamente el *land art*, tener cuidado durante la gestión de las zonas ajardinadas y no desacoplar ni ignorar las implicaciones éticas que suscita el acto cotidiano de comer.

La naturaleza no se reduce a un escenario estático. Para comprender un entorno no basta con captar un compendio de imágenes, sino que es preciso adentrarse en él para apreciar toda su diversidad y complejidad (p. 171). La naturaleza no humana es dinámica y está cargada de sonidos que, si los atendemos, nos

daremos cuenta de que son «voz» que cuentan historias únicas. Pero para emprender esta escucha hace falta un proceso de visibilización. Considero que esta sección del libro conecta con alguna de las ideas del teórico político David Schlosberg, quien defiende que nuestras sociedades, tan sesgadas por esa cultura de la instrumentalización que nos recuerda Tafalla, requieren de una «política de la visibilidad» (*politics of sight*) para hacer visible lo invisible (Schlosberg, 2016). Destapar lo que nuestra cultura invisibiliza podría dar lugar a nuevas formas de relacionarnos con la naturaleza. Así, por ejemplo, el también politólogo Timothy Pachirat propone que si los mataderos industrializados no se construyeran en las afueras de las urbes y se echaran abajo los muros que los cubren, podría cambiar nuestra percepción del proceso de producción de carne y, consecuentemente, nuestro consumo (Pachirat, 2013). Hay que dejar de esconder aquellas realidades incómodas que no queremos aprehender y liberar del secuestro a todos los demás seres sintientes que sufren silenciados el precio de nuestra ceguera.

El arte puede jugar un papel crucial a la hora de apreciar la naturaleza estéticamente. El *land art* supone una inversión de la relación que tradicionalmente han mantenido las obras de arte: en vez de representar dentro de ellas mismas elementos naturales, estas se presentan dentro de un entorno natural (p. 255). La naturaleza que antes se plasmaba dentro del artefacto humano ahora es la que rodea y abraza a ese artefacto en su interior. Tafalla enumera alguna de las obras que siguen esta estela artística, mencionando a creadores como Nancy Holt, Ana Mendieta, Àngels Ribé, Richard Long y Hamish Fulton. Estos autores invitan con sus obras a sumergirse directamente en la naturaleza para vivirla en toda su riqueza, su dinamismo y su historia.

Otra manera de pensar nuestra relación estética con el mundo más que huma-

no es evocada por los jardines, esos refugios donde tenemos la oportunidad de aprender a convivir con la naturaleza. Aunque cuidar de un jardín puede ayudarnos a adoptar una mayor conciencia ecológica que guíe nuestra conducta en el Antropoceno (Di Paola, 2013), Tafalla puntualiza que no deberíamos convertir toda la naturaleza en nuestro jardín (p. 282). Ni el planeta ni todas las especies que lo habitan nos pertenecen, así que deberíamos dejar que la naturaleza sobre todo sea libre y salvaje, atributos que no acaban de encajar necesariamente con lo que entendemos por una zona ajardinada. Los jardines a menudo perpetúan sutilmente la fragmentación del territorio que nuestras sociedades industrializadas sistemáticamente provocan con el levantamiento de carreteras, vallas, vías de tren o muros. Algunos argumentan que el mejor modo de proteger un recinto natural de las perturbaciones externas que pudieran deteriorarlo es cercarlo y aislarlo. Esto me recuerda a la estrategia denominada «separación de tierras» (*land sparing*) por los biólogos conservacionistas. Es un método que busca cortar las interrelaciones y las ecodependencias de un espacio con su entorno circundante a fin de protegerlo. Protegerlo de la contaminación, de las interacciones humanas, de las plagas, etc. Aparentemente, una bienintencionada acción que, en el fondo, alberga el riesgo de contener un sesgo paternalista según el cual los seres humanos seguimos creyendo saber qué conviene y qué no a una reserva natural. Además, esto implica continuar afianzando una división entre los ecosistemas y el mundo humano. Sin embargo, Tafalla, al igual que algunos defensores de los procesos de resilvestración (*rewilding*), sugiere que los jardines no deberían ser herméticos ni plenamente dominados por los humanos, sino quedar abiertos a recibir lo diferente (mediante una estrategia más bien de «compartir la tierra», de *land sharing*) y a expresarse libremente.

Cerca ya de su final, el libro no deja escapar la oportunidad de aportar reflexiones sobre cómo el acto de comer es otra actividad cotidiana que viene mediada por nuestra apreciación estética de los alimentos que consumimos. Más allá de la plurisensorialidad a la cual induce la comida (y el entorno en el que esta se encuentra cuando la saboreamos), ella también evoca y es resultado del tipo de vínculo que establecemos con la naturaleza, con el mundo vegetal y animal. Tafalla reivindica «una estética de la comida seria, profunda y crítica» a través de la que podemos participar y conectar con ella sin recurrir a la explotación de los seres no humanos (p. 352). Cuando para alimentarnos buscamos minimizar las injusticias y los daños detrás del producto consumido, entonces alineamos nuestra estética con la ética. Una alineación que no se consigue de la noche a la mañana, sino a través de un viaje personal durante el cual descubrimos la oportunidad de replantear nuestros hábitos, de aprender nuevos sabores o formas de cocinar, de observar nuestro cuerpo y nuestra salud, y de ser más conscientes de las consecuencias detrás de las narrativas y las experiencias que secundamos implícitamente cuando comemos.

Este es a grandes rasgos el recorrido por el que nos acompaña el libro *Ecoanimal*, un itinerario capaz de bucear hondamente en la historia del pensamiento en relación con la estética y capaz de discutir críticamente entre diversas prácticas humanas contemporáneas. A modo de conclusión, me atrevo a decir que la obra de Tafalla, escrita con una prosa elegante, clara y contundente, no solo merece ser leída por los apasionados de la filosofía, los defensores de los animales o los ecologistas concienciados. Es una obra para aventureros. Cualquiera que se sienta atraído por el misterio que aún guardan nuestros sentidos, del más primitivo al más sofisticado, o cualquiera que simplemente esté cansado de percibir

la misma cotidianidad de su entorno, en *Ecoanimal* encontrará una vía teórica desde la que reconocer a los individuos y a los elementos más pequeños con los que interactuamos hasta revitalizar los aromas que dejamos más olvidados.

Este libro es toda una aventura que comienza abrazando una disciplina tan desvirtuada y aparentemente banal como la estética, y acaba enlazándola magistralmente con la ética, la disciplina filosófica que supuestamente debería guiar nuestras acciones morales. Como nos dice Tafalla, la estética ecoanimal es imprescindible para el desarrollo de una ética no antropocéntrica, porque contribuye a apreciar mejor qué es aquello (diferente) que debemos proteger y con qué herramientas racionales y sensoriales podemos lograrlo. En esta línea, los argumentos que aparecen se suman a las nuevas investigaciones que se están llevando a cabo internacionalmente para recuperar distintas filosofías indígenas (Kimmerer, 2021) relegadas por la globalización industrial y occidental, o con vistas a una «justicia multiespecies» (Celermajer et al., 2020). *Ecoanimal* es, en definitiva, un compromiso con la interculturalidad, que abre espacios reflexivos donde tienen cabida nuevas formas de cognición y de respeto hacia las especies con quienes cohabitamos este mundo.

### Referencias bibliográficas

- ADORNO, T.W. y HORKHEIMER, M. (1944). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Akal, 2007.
- BRADY, E. (2012). «Smells, Tastes, and Everyday Aesthetics». En: KAPLAN, D.M. (ed.). *The Philosophy of Food*.
- Berkeley: University of California Press, 69-86.
- CELERMAJER, D.; CHATTERJEE, S.; COCHRANE, A.; FISHEL, S.; NEIMANIS, A.; O'BRIEN, A.; REID, S.; SCHLOSBERG, D.; SRINIVASAN, K. y WALDOW, A. (2020). «Justice through a multispecies lens». *Contemporary Political Theory*, 19, 475-512.  
<https://doi.org/10.1057/s41296-020-00386-5>
- DI PAOLA, M. (2013). «Environmental Stewardship, Moral Psychology and Gardens». *Environmental Values*, 22 (4), 503-521.
- KANT, I. (1790). *Crítica del juicio*. Madrid: Espasa-Calpe, § 6-8, 2013.
- KIMMERER, R.W. (2021). *Una trenza de hierba sagrada: Saber indígena, conocimiento científico y las enseñanzas de las plantas*. Madrid: Capitán Swing.
- PACHIRAT, T. (2013). *Every Twelve Seconds: Industrialized Slaughter and the Politics of Sight*. New Haven, CT: Yale University Press.
- SCHLOSBERG, D. (2016). «Environmental Management in the Anthropocene». En: GABRIELSON, T.; HALL, C.; MEYER, J.M. y SCHLOSBERG, D. (eds.). *The Oxford Handbook of Environmental Political Theory*. Oxford: Oxford University Press.  
<https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199685271.013.32>
- SCHOPENHAUER, A. (1859). *El mundo como voluntad y representación*. Vol. I y II. Madrid: Trotta, 2004.
- SINGER, P. (1975). *Liberación animal*. Madrid: Trotta, 1999.
- WARREN, K.J. (ed.) (1996). *Ecological Feminist Philosophies*. Bloomington: Indiana University Press.

Cristian Moyano Fernández  
 Instituto de Filosofía, CSIC

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1418>

